

Comentario del Crítico de Arte argentino Osvaldo López Chuhurra

...*"Luz de provincia"*, esa que *"un fresco abrazo de agua la nombra para siempre"*, como evocó Carlos Mastronardi.

Guillermo Bekes también es poeta. Absorto en la contemplación que lo empuja al Centro experiencial, y por un oculto milagro del Arte, la prístina pluma humedecida se transforma en pincel empastado, obedeciendo a las resonancias de contactos con la naturaleza, cada vez que su espíritu sensible y artista, se obliga a revelar apariciones mutables de ciertos rinconcitos provincianos abrazados por el frescor del agua que da oportunidad a la cultura.

El asomo parcial de la naturaleza, atrapada con intencionalidad mensurable por el mandato del ojo que limita, configura un Paisaje. Sin embargo el paisaje, en tanto naturalidad espontánea distinta del resto de lo existente, **no existe**. En los territorios del Arte corresponderá al pintor, p.e., señalar extremos convencionales para mostrarlo como fugacidad detenida; ese fue su origen, cuando aparecía como un decorado. Excepción notable: el "Paisaje sagrado" pompeyano, anticipador secular de las virtudes expresivas de este tema elevado a las alturas del protagonismo.

Desde **van Goyen** y **Ruysdael** en el siglo XVII hasta los contemporáneos, las Artes Plásticas están empecinadas -enhorabuena- en dibujar y pintar lo inexistente; otro indescifrable misterio del Arte...

Fragmentar la extensión cambiante del modelo para evocar el Todo, es una provocación abismada en el riesgo. **Guillermo Bekes** provoca el descenso al enigma, jerarquizando el recorrido de la praxis que abarca tierras y aguas quietas (?), custodiadas por cielos dispuestos al cambio. La potencialidad aristotélica subyacente en la Natura se actualiza, y aflora la imagen del Paisaje. Desde el nacimiento, su ser existente refleja una conciencia intencional que lo hizo posible.

Guillermo re-crea fragmentos de su Arcadia americana, atestiguando los alcances del Naturalismo. El artista anotado en tal categoría, debe "imitar" a la naturaleza. Imitar fue palabra cara al Renacimiento. Durante el siglo XIX Cézanne la revalorizó, empeñado en trabajar "sur le motif". Pero la imitación es el concepto; lo demás lo hará el artista.

La paleta y el pincel de **Guillermo** transitan caminos andados, persiguiendo el encuentro con "un espejo que siempre se transforma con el color que tiene delante", observación incuestionable del Genio da Vinci, siempre adelantado.

Deteniendo una vez más el deambular de su mirada, **Guillermo** intuye (¿o sabe?) que está frente al motivo pleno de significación en "un lugar y un instante, un ser vivo, el **retrato** de un trozo de la naturaleza" le diría Marcel Brion.

El hacer del arte es proclive a crear retratos. Los modelos, escondidos en la sombra o expuestos a la luz, son los mismos artistas. Rembrandt quiere ser ejemplo supremo.

Para configurar un estilo, mientras pinta Guillermo sigue trazando su propio perfil. Sutil y profundo quiere "concentrarse especialmente en la influencia de la luz sobre el color de las cosas". Luz que refleja lo mejor de su espíritu entregado al "nuevo mirar" de una inédita y "sosegada belleza del mundo visible", para explicarlo con la reconocida autoridad de Gombrich.

Tierra, agua, cielos, dicen cómo ve las cosas el pintor **Guillermo Bekes**. Si de su ensimismamiento trascendente no hubieran surgido imágenes valiosas, las frases confiadas a un "paisaje interior" esbozado en el catálogo presentativo, sonarían como un contracanto de sonidos inarmónicos. Procurando vivenciar el contrapunto, el prólogo aspira a cantar en Armonía con aquella intensidad expresiva de la **Luz, entre ríos**.

Porque para el sentir racional de los griegos, la Armonía era Belleza.

Y después, atraído por inesperados acordes pictóricos que incitan al riesgo, el pincel poético volverá a hundirse en el barro polícromo,

"cuando el aire anda en flores y el cielo es delicado"

